

DE CLAUSEWITZ A MAO TSE TUNG

Alain de Benoist

A despecho de su enorme tratado en tres volúmenes titulado *De la guerra*, siempre se cita la misma frase de Clausewitz: "la guerra es la continuación de la política por otros medios", obviando todo el marco de las circunstancias en que fue escrita esta frase de eco universal: los esfuerzos de la guerra de liberación de Prusia en el cuadro de las guerras interminables de las campañas napoleónicas.

1806. Los franceses barren al ejército prusiano en Jena y Auerstedt. Berlín es ocupado el 27 de octubre y el rey Federico Guillermo III, refugiado en la Prusia oriental, instala la capital en Memel. Napoleón y el zar, en Tilsit, se reparten la Europa continental.

A requerimiento de los rusos, Prusia sobrevive en tanto que Estado. Pero ha perdido todos sus territorios al oeste del Elba, que Napoleón entregará a su hermano Jerónimo nombrándole rey de Wesfalia. Al este se ha reconstruido un ducado de Danzig, aliado de Francia, donde se instala una guarnición francesa. Prusia debe pagar una elevada indemnización de guerra, y su ejército no puede sobrepasar los 40.000 hombres.

El dominio de Francia sobre Alemania es absoluto. Frente al "ogro" toda Europa se divide secretamente entre "colaboradores" y "resistentes".

Karl von Clausewitz, nacido en 1780, miembro de la pequeña nobleza y militar de carrera, siguió todos estos sucesos con suma atención. Tomó parte en la campaña contra Francia de 1792, como portaestandarte, cuando apenas contaba 12 años. En estos momentos, un solo hombre monopoliza tanto su odio como su admiración: Napoleón Bonaparte.

Después de la derrota, Clausewitz participó en la "reconstrucción", formando parte de los "reformadores" encargados por el rey para la reorganización de la administración y el ejército. El objetivo es claro para todos: hacer de Prusia el punto de partida de una "guerra de liberación" que permita a Alemania reconstruir su unidad y reconquistar su pasada grandeza.

El nuevo instrumento militar es el Landsturm, la milicia o tropa popular cuya preparación y organización se encarga a Clausewitz. "El Landsturm –escribe en un memorandum al rey– debe ser una tropa dispersa, preparada para la defensa y para los ataques inesperados, fácil de replegar y reorganizar. Debe para ello abandonar la estrategia de concentrarse y arriesgarse inútilmente en una posición defensiva regular". Es la típica táctica del "acoso y retirada".

El fervor nacional se intensifica en todo el país. La noticia de la sublevación española galvaniza las energías. En 1809, el mayor Ferdinand von Schilt, al frente de un cuerpo franco de húsares, penetra en el mismo corazón de Wesfalia; pero es rechazado hacia la costa y cae muerto en la defensa de Stralsund. Napoleón hace fusilar a sus oficiales. En 1813, Federico Guillermo III ordena la movilización general. Los voluntarios afluyen, la población dona su oro y las mujeres sus joyas. Los poetas Ernst Moritz Arnt y Theodor Körner exaltan la "lucha sagrada".

Prusia levanta un ejército de 300.000 hombres, una fuerza excepcional para un país diminuto y empobrecido.

Los combates se recrudecen. Los franceses son obligados a replegarse en la orilla oeste del Rin. La Confederación del Rin queda disuelta y el tratado de Fulda garantiza a los soberanos la integridad de sus posesiones territoriales.

En 1815, en el momento en que Napoleón es derrotado en Waterloo, queda firmada el acta de una nueva Confederación Germánica.

Entre 1820 y 1830, Clausewitz se encarga de la dirección de la Academia militar de Berlín, pero se dedica, sobre todo, a tareas administrativas. "Sus alumnos –comenta Raymond Aron– sospechaban que era un amante de los buenos vinos, pues su nariz rojiza guardaba las quemaduras del Sol durante la campaña de Rusia" (Revue de la Défense nationale, enero 1973). Murió sin haberse quitado jamás el uniforme, dejando como único testamento un grueso manuscrito inacabado: el tratado *De la guerra*.

Clausewitz había comenzado a escribir en 1815, siguiendo los consejos de su esposa Maria von Brühl, quien se encargaría de publicar su obra después de su muerte. Clausewitz no consideraba como definitivos más que los dos primeros capítulos, "advertencia" que subraya Maria von Brühl contra los inevitables errores de interpretación.

A pesar de su mala construcción, puesto que estamos hablando de un borrador, *De la guerra* se convirtió en un clásico inmediatamente después de su publicación. La aparición de este tratado ha obligado a los estrategas y estudiosos de la polemología de todo el mundo a hablar de "antes de Clausewitz" y "después de Clausewitz", a emplear términos como "guerras clausewitzianas" o "estrategias postclausewitzianas". *De la guerra* es un manual práctico, salpicado de reflexiones filosóficas, sobre las lecciones a extraer de las experiencias militares de principios del siglo XIX. Todas las guerras tienen sus rasgos peculiares, y todas poseen sus trazos comunes. Karl von Clausewitz se pregunta sobre "lo que hay de semejante y de disímil en todas las guerras".

¿Una paz perpetua?

Para Clausewitz, existe una "esencia absoluta" de la guerra, ya que la misma forma parte de la naturaleza humana, e incluso, más allá del hombre, de la lógica de lo vivo. Un siglo después de Clausewitz, Oswald Spengler diría: "Se quiera o no, la guerra es un hecho, el pacifismo una idea".

"Se la maldiga o no se la maldiga –escribe Julien Freund–, la guerra es una de las características esenciales de la condición humana, aunque no se deje justificar más que como mal. Pero, ¿es verdaderamente el mal o más bien un mal? ¿No es acaso cierto que a veces se ha cumplido en ella el sentimiento de las sociedades? ¿Cómo es posible conciliar la admiración por los héroes y por las conquistas de las revoluciones y condenar al mismo tiempo la violencia y la guerra (...) Se quiera o no, la filosofía pacifista de la historia no tiene nada de histórica, ya que elimina de su construcción de la humanidad futura precisamente lo que da un sentido a la historia –cuando no la historia misma. ¿Puede, en efecto, llamarse historia a lo que no ha sucedido?" (La esencia de lo político).

No siendo un "accidente", la guerra nace de la paz, al igual que la paz nace de la guerra. No existen, además, modelos ni formas a priori de la paz. Y por lo mismo, también implica una lucha, en la medida en que se bate sobre una relación política. "La verdadera razón de la perpetuidad de las guerras –indica Julien Freund– se deriva de la esencia de lo político. Desde el mo-

mento en que existe la política, existen los enemigos, y el riesgo de enemistad no puede ser vencido; por lo que es más que probable que la humanidad histórica continuará conociendo las guerras".

"No importa lo que pueda hacer el sueño de una paz perpetua. Un sueño paralelo es el que constituye una ciencia o un arte finalizado. Supone, en comparación, que la ciencia podrá constituirse en verdad definitiva, absoluta, y que por tanto dejará de ser un conjunto de investigaciones, o que el arte será la belleza enteramente realizada y no un esfuerzo con vistas a realizar una obra. Dicho de otra forma, un sueño paralelo supone la omnipotencia, la omnisciencia y las capacidades del arquitecto del universo propias de Dios. Ahora bien, si la ciencia tiene un sentido para nosotros, los hombres, es porque se trata de una búsqueda y una investigación indefinida; si el arte tiene un sentido, es porque se trata de un esfuerzo de belleza siempre traducido en nuevas obras. De la misma manera, la política es voluntad de paz, pero no es, porque no puede ser, la paz absoluta o perpetua instituida" (íbidem).

Según Clausewitz, la "esencia" de la guerra se caracteriza por un encadenamiento lógico, la "ascensión a los extremos", que las tropas napoleónicas llevaron hasta el paroxismo. "Con Bonaparte –escribe–, la guerra fue conducida sin perder un momento, hasta aplastar al enemigo: los contragolpes se siguen entonces sin remisión".

Bajo la apariencia caótica de las hostilidades, se oculta en verdad un orden rigurosísimo, que explica el inicio, el desarrollo y la conclusión. "Clausewitz enseña a pensar la guerra en tanto que guerra", señala André Glucksman.

Toda guerra se explica en cuando se examinan, de modo tripartito, sus aspectos políticos (¿porqué combatir?), estratégicos (¿cómo combatir?) y sociales (¿a quién y con quién combatir?). Pero la reflexión sobre la guerra no es puramente moral, política o técnica. Es también una reflexión autónoma, global, en donde los sucesos tienen una importancia relativa unos en relación a los otros. Clausewitz propone precisamente denominar "estrategia" a esta visión global. "La estrategia –escribe– es el arte de movilizar las propias fuerzas, de organizar y disponer las batallas para vencer en una guerra. La táctica es el arte de organizar y disponer las propias fuerzas para vencer en una batalla".

La práctica estratégica es un duelo. Los adversarios se enfrentan, pero, al mismo tiempo, se evalúan: cada uno busca prever como preverá el otro. Ambos tienen el mismo comportamiento fundamental, y buscan alcanzar el mismo objetivo. Al menos, dice Clausewitz, el mismo objetivo militar (Ziel), que no debe confundirse con el objetivo o fin político (Zweck).

En una guerra, el objetivo militar es idéntico en todas las partes, aun cuando el objetivo político sea diferente. Del hecho de esta identidad, la "escalada" es inevitable.

El idealtipo y la práctica

La ascensión a los extremos reposa sobre la "asimetría del ataque y la defensa". Ésta, a su vez, se explica por el hecho de que las fuerzas no pueden ser jamás apreciadas con anticipación de un modo rigurosamente exacto. En el caso contrario, cada uno volaría inmediatamente hacia los extremos, con la esperanza de situarse el primero. Como esto nunca sucede así, la "escalada" se hace por pasos y por peldaños. "Cada uno de los adversarios empuja a actuar al otro –escribe Clausewitz–, de lo que resulta una acción recíproca que, en tanto que concepto, debe llegar hasta sus extremos".

Como en todos sitios, es preciso distinguir aquí al idealtipo y la práctica: a partir de un cierto momento, el compromiso puede parecer más ventajoso que la prosecución de la guerra. Pero este mismo compromiso será apreciado en función de un cierto esquema.

En muchas ocasiones se ha dado el caso típico: "La legítima defensa deviene particularmente complicada –escribía T.C. Schilling en 1968– si para prevenir que el otro pueda disparar sobre nosotros empezamos a disparar sobre él para impedir que empiece a disparar sobre nosotros".

Desde esta perspectiva, resulta evidente que no hay "límites" de la guerra. La misma noción de "crímenes de guerra" deviene insostenible. O todo es crimen, comenzando por el mismo hecho de combatirse, o no hay más que puras convenciones. El arte de la guerra recusa la filantropía. La "locura bélica" no es causa. Es una simple cuestión de cálculo, de efectividad, también de prudencia. "Aquel que no retroceda ante una efusión de sangre –escribe Clausewitz–, tomará ventaja sobre su adversario (...) En un suceso tan peligroso como la guerra, los errores debidos a la bondad del alma son precisamente los peores (...) En tanto no sea abatido por el enemigo, no puedo temer que él me abata".

Clausewitz razona aquí con la fría franqueza de un Maquiavelo (del cual, por cierto, fue un atento lector). Ello no significa que la realidad le encante. Sencillamente, piensa que es mejor conocerla antes que travestirla.

Raymon Aron menciona el tipo de carácter que poseía Clausewitz, que testimonia mucho de sí: "Clausewitz había detestado todo lo francés durante los largos años de descenso de Prusia. Cuando pone sus pies en Francia, como vencedor y no como prisionero, juzga sin indulgencia la conducta de sus compatriotas. Se opone a Blücher, que pretende hacer saltar por los aires los puentes del Sena. Se querella contra Gneisenau, que había propuesto la ejecución de Napoleón. No encuentra placer alguno ante el espectáculo de un pueblo pisoteado por la ocupación".

Contrariamente a lo que piensa el común, las relaciones entre la política y la guerra no es una simple relación entre el fin y el medio.

Cuando Clausewitz afirma que existe una "continuación de la política por la guerra", no pretende decir, ni mucho menos, que el ejército sea un "útil" en las manos de los políticos (al contrario, demuestra que la estrategia posee su propia dinámica), sino más bien que existe una subordinación, desde el punto de vista de la "estrategia global", del objetivo militar (Ziel) al fin político (Zweck).

El estilo prusiano

Como Maquiavelo, pero también como Maurras ("La política en primer lugar"), como De Gaulle ("La espada es el eje del mundo") y como los dirigentes soviéticos y chinos, Clausewitz proclama pues, no sin razón, la primacía de la política sobre lo militar, del Jefe de Estado sobre el comandante en jefe. Y extrae sus conclusiones.

Para ser bien comprendida, esta concepción debe sin embargo situarse en el contexto de su época, concretamente en el cuadro del "militarismo prusiano".

"En las actuales democracias occidentales –escribe Julius Evola–, aun cuando se reconoce al militar una ética propia, no se juzga deseable aplicarla a la vida normal de la nación. Esta concepción está estrechamente vinculada a la convicción de que la civilización verdadera no tiene nada que ver con la triste necesidad de esa "inútil carnicería" que es la guerra; que puede funda-

mentarse no sobre las virtudes guerreras, sino sobre las virtudes "civiles" y sociales, ligadas a los principios de la Revolución Francesa..." (*Los hombres y las ruinas*, 1972).

Otra era la concepción del mundo de la antigua Prusia. Como entre los antiguos, la vida misma era considerada milicia y combate. La guerra muestra a una nación lo que la paz significa verdaderamente para ella. Desde esta concepción, lo "militar" aparece como un modelo –con su ascesis, su ética y sus leyes–, y este modelo no se circunscribe exclusivamente al ejército.

"El estilo del prusianismo –continúa Julius Evola– no es solamente modelo de una de las tradiciones militares europeas. El prusianismo extendió su influencia a todo lo que era servicio al Estado, lealtad y antividualismo. Este estilo influenció el mismo plan económico, asegurando durante la era industrial, la íntima cohesión de los grandes conjuntos de producción dirigidos por las casi-dinastías de jefes de empresa, respetados y obedecidos por sus obreros y protegidos, cuyos sentimientos se asemejaban a la fidelidad y la solidaridad militares" (íbidem).

"Prusia –afirma Jean Grosjean– no fue una nación. Fue el rostro de la gravedad de la vida". Y continúa: "Prusia no fue ni una comunión ni una soledad, sino el diálogo de los dioses".

Clausewitz retiene otra particularidad de su tiempo, del cual presiente los desarrollos futuros: la democratización de la guerra, que conducirá a la "guerra total" analizada –desde una perspectiva anticlausewitziana– por Ludendorff (*Der totale Krieg*, 1935), y después a la guerra "popular" y revolucionaria, es decir a la guerra global.

La extensión de los estragos provocados por la guerra, señala Clausewitz, no se explican por la sola modernización de los medios de destrucción. "Debe atribuirse a los nuevos hechos que se manifiestan en el dominio militar, menos a la invención y a las nuevas ideas y más al cambio de estado social y de las relaciones sociales".

Repite por ello, una y otra vez, esta idea esencial: "La guerra es una lucha que consiste en sondear las fuerzas morales y físicas al medio de estas últimas".

Hasta 1789, solamente combatían los guerreros profesionales, todos resultantes del mismo rango. Estos se ayudaban de los "soldados", es decir de mercenarios que empuñaban las armas para cobrar un sueldo. Al "soldado" se oponía entonces el guerrero, miembro de la aristocracia feudal, que constituía el núcleo central de una organización social correspondiente, y que no estaba al servicio de una clase burguesa –era el burgués, al contrario, quien le estaba sumiso: su protección implicaba dependencia, y no supremacía, en relación a aquellos que ejercitaban el derecho de las armas" (Julius Evola, op. cit.)

Pero desde una perspectiva igualitaria, marcada por el encuadramiento obligatorio, la Revolución Francesa democratizó la guerra. Y al mismo tiempo hizo del militar (convertido ya únicamente en "soldado" no el modelo del civil, sino más bien su "útil".

Mitos incapacitantes

"Una fuerza hizo su aparición en 1792. La guerra se convirtió, repentinamente, en un suceso popular, y de un pueblo de treinta millones de habitantes, que se consideraban todos ciudadanos del Estado (...) Desde entonces, los medios disponibles, los esfuerzos desplegados, dejaron de tener límites definidos. La energía con la cual la misma guerra podía ser conducida no tenía contrapesos" (*De la guerra*).

Poco a poco, la noción de "pueblo en armas" se extiende por Europa entera. Atacado y derrotado por Napoleón, el rey de Prusia la oficializa, mediante su consejo de "reformadores".

De ello resulta, observa Clausewitz, que, por vez primera, la fase defensiva puede ser también la fase decisiva. Basta que la defensa explote sus ventajas naturales, sobre todo la ventaja del espacio y la naturaleza del terreno, que refuerzan la agresividad (se combate mejor al defender la propia patria que al invadir de la otra) y facilitan la "toma de conciencia", es decir la politización de la población.

A la potencia y la rapidez del ataque, la defensa debe responder con la movilización, la dispersión y el acoso.

Al mismo tiempo que borra la distinción entre lo militar y lo civil, se borra también la frontera entre la guerra y la paz. Más exactamente, la guerra se instala en el estado de paz. Suponiendo un consenso incompatible con la forma moderna de la guerra, toda tregua queda excluida. Los armisticios son menos susceptibles que nunca de solucionar la totalidad de los problemas. "La diferencia entre la paz y la guerra queda abolida –escribe Jean Guittou–, no porque todo devenga en cierto grado paz, también la guerra, sino porque todo se considera guerra, también la paz" (*La pensée et la guerre*).

¿Guerra civil? Es más que eso –porque las fuerzas en presencia sobrepasan, de lejos, las fronteras de las naciones. De hecho, frente al ejército regular (que no es ya un ejército de oficio, sino más bien un "ejército del pueblo", el partisano debe jugar un doble juego. Al mismo tiempo que combate al adversario, debe infiltrarlo, física o espiritualmente, desmoralizarlo, hacerle dudar de su derecho, insuflarle una enfermedad consciente mediante los rodeos de los mitos incapacitantes. Brevemente, lograr que la leva en masa (la movilización general) pueda también representar un peligro para el Estado que la decreta. La guerra se convierte así inseparable de la subversión (propaganda e intoxicación) que la prepara, la acompaña y la "justifica".

La lección fue aprendida a toda prisa. Desde principios del siglo XIX, la máxima según la cual la tropa combate al enemigo mientras los "rateros" eran liquidados por la policía, estaba desfasada. El 12 de septiembre de 1813, Napoleón ordena al general Lefevre "operar en partisano en todo lugar donde existan partisanos".

La eficacia de esta nueva táctica no es discutible. "Según estimaciones de ciertos expertos –escribía Carl Schmitt–, los partisanos rusos de la Segunda Guerra Mundial apartaron del combate directo a veinte divisiones alemanas, contribuyendo decisivamente al resultado final de la guerra" (*Teoría del partisano*).

Después de haber estudiado en profundidad las tácticas de la guerrilla española antinapoleónica, Clausewitz escribió: "La guerra popular, como algo vaporoso y fluido, no debe concentrar ninguna parte en un cuerpo sólido; de otra forma, el enemigo enviará una fuerza adecuada contra el núcleo, y lo arrasará".

Estas teorías serán repetidas, palabra por palabra, los modernos teóricos y los partisanos de la guerra.

Pero hay que subrayar, sin embargo, que, para Clausewitz, el recurso al pueblo no debe ser considerado más que a título puramente defensivo. "Fue, durante dos años, profesor de los cursos sobre "guerra pequeña" (guerrilla) en la Academia militar de Berlín. Pero, técnicamente, la guerra popular no constituye, en su sistema, más que una simple modalidad de la guerrilla, la que se li-

bra entre destacamentos constituidos, a lo más, por doscientos o trescientos hombres" (Raymond Aron).

El "ejército invencible" de Mao Tse Tung

Después de su publicación, el tratado *De la guerra* no ha dejado de ejercer una influencia que en ciertos casos raya la fascinación.

En Alemania, los estados mayores de Prusia, y después los de la Reichwehr y la Wehrmacht, buscaron en sus páginas las "recetas estratégicas" y las lecciones a aplicar. Los jefes revolucionarios han destacado igualmente sus enseñanzas. En una carta a Karl Marx, fechada el 7 de enero de 1855, Engels califica el tratado como "sustancialmente muy bueno". A lo que Marx respondió, hablando de Clausewitz: "El roble tiene un bien sentido que confina al espíritu".

En *La guerra en cuestión* (1951), Jules Monnerot dirá: "El Marx más fuerte es el teórico de la guerra psicológica".

Lenin, por su parte, había declarado en 1921: "Clausewitz es el autor más importante sobre la filosofía y la historia de la guerra". "En los momentos decisivos —escribe André Glucksman—, Lenin, para justificar su ruptura con la III Internacional y establecer su estrategia insurreccional, reclama la autoridad de Clausewitz para organizar la actividad militar y diplomática del nuevo Estado soviético".

Pero sería Mao Tse Tung quien mejor habría de sintetizar las teorías "populares" de Clausewitz, para sentar las bases de la guerra psicológica y revolucionaria.

En sus escritos militares, especialmente en *La guerra continua* (1938), Mao multiplica las citas del capítulo 26 del tratado *De la guerra*, titulado *El armamento del pueblo*. Se aplica en la tarea de integrar la doctrina de Clausewitz en un sistema igualitario y "masista", asimilando pura y simplemente lo "popular" a lo "político". Mao define, así, las condiciones en las cuales una "guerra popular" puede transformarse en ofensiva: "Si el ejército consigue ser uno con el pueblo, a fin de que el pueblo vea en él a su propio ejército, entonces, este ejército será invencible".

En 1957, explicará: "Las fábricas solamente pueden ser destruidas una por una. Un campesino no puede trabajar la tierra más que parcela a parcela. Igual sucede con la comida. Estratégicamente, tomar una comida no nos hace peores. Prácticamente, comemos bocado a bocado. Nos sería imposible comer toda la comida de un bocado. Es lo que se llama "solución uno por uno". En el lenguaje militar, esto significa derrotar al enemigo unidad por unidad" (Intervención en la Conferencia de Moscú de los partidos comunistas).

Siguiendo a Clausewitz, Mao Tse Tung considera que la guerra "continúa" la política, siguiendo su naturaleza propia: el pueblo debe identificarse con los fusiles, pero es el partido quien comanda al ejército.

"La guerra —escribe— es la política. Es en sí misma un acto de política. Desde los tiempos más antiguos, no ha existido una guerra que no tuviese un carácter político (...) Por ello se puede decir que la política es una guerra sin derramamiento de sangre, y la guerra una política con derramamiento de sangre".

Es a partir de esta filiación como deben interpretarse las declaraciones de Mao Tse Tung sobre los "tigres de papel".

En el curso de una entrevista con la americana Anna Louise Strong, Mao declaraba en 1946: "La bomba atómica es un tigre de papel del que se sirven los reaccionarios americanos para asustar a los pueblos. Tiene un aura terrible, pero no lo es. Bien entendida, la bomba atómica es un arma que puede provocar inmensas masacres, pero es el pueblo quien decide el destino de una guerra, y no una o dos nuevas armas".

Esta declaración puede hacer sonreír; puede pensarse en una "machada" o hacer hablar sobre "inconsciencias". Por tanto, Mao Tse Tung, para algunos, carece de "seriedad". Sin embargo, hay dos cosas a retener.

Los "tigres de papel" y las guerras del mañana

Después de Clausewitz, "Si reflexionamos filosóficamente sobre el modo en que surge la guerra, el concepto de guerra no aparece propiamente con el ataque". Mao Tse Tung, para quien "la guerra es el centro de gravedad del trabajo del partido", no hace, a fin de cuentas, más que extraer de modo dialéctico todas las consecuencias de esta afirmación.

Si, estratégicamente hablando, solamente es decisiva la defensa, es decir la guerra popular prolongada, el armamento nuclear no es entonces un "peligro en sí": no regula, en efecto, ni la decisión estratégica ni la decisión política. Llegado el caso del exterminio total, ya no habría más guerra ni estrategia: las hostilidades devienen un simple monólogo. Pero si no se da el caso de exterminio, la "lógica de la guerra prolongada" debe ponerse en práctica hasta alcanzar la victoria.

"La tesis de los tigres de papel –indica André Glucksman en su *Discurso sobre la guerra*–, consiste, estratégicamente, en jugar con los factores que frenan la utilización del armamento nuclear, en el cuadro de una guerra prolongada a escala mundial".

Lo que los chinos reprocharon a los "nuevos zares" soviéticos fue haber perdido de vista la "contradicción" inherente a la disuasión nuclear, de haber obligado a la guerra a retrasar, bajo un ángulo privilegiado, un modo de "continuar" la política. "A los ojos de los dirigentes del Kremlin –dijo Mao Tse Tung–, en el siglo nuclear en que vivimos se trata de sobrevivir, no de lograr objetivos".

Lector asiduo de la única obra del chino Sun Tzu, titulada *El arte de la guerra*, Mao Tse Tung fue también un alumno aventajado del prusiano Clausewitz. Sus conclusiones no deberían depararnos sorpresas en las guerras del mañana.

* * *